

Alma Mancilla

Los intrusos



Premio Nacional de Cuento
Juan José Arreola | 2022

Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola

Alma Mancilla

Los intrusos

Alma Mancilla

Los intrusos

**Premio Nacional de Cuento
Juan José Arreola | 2022**



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

José Guadalupe Salazar Estrada
Rectoría del Centro Universitario del Sur

Andrés Valdez Zepeda
Secretaría Académica

Mariana Elizabeth Domínguez Cobián
Secretaría Administrativa

Luis Gustavo Padilla Montes
**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

Missael Robles Robles
**Coordinación de Entidades Productivas para
la Generación de Recursos Complementarios**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición electrónica, 2022

© 2022, Alma Rosa Mancilla Sánchez

Coordinación editorial
Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño
Paola Vázquez Murillo

Cuidado editorial
Martín Eduardo Martínez Granados

Diagramación
Cecilia A. Lomas Ramírez

Mancilla Sánchez, Alma Rosa, autor
Los intrusos / Alma Mancilla. -- 1a. ed. --
Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara:
Editorial Universidad de Guadalajara, 2022..
Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola 2022

ISBN 978-607-571-657-2

1. Cuentos mexicanos-Siglo XXI. I. t. II.Serie

M863.5 .M26 .I6 DD23
PQ7276 .M26 .I6 LC
FYB Thema

Este libro se escribió gracias a una beca del
Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través
del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

D.R. © 2022, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Col. Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 978-607-571-657-2

Octubre de 2022

Hecho en México
Made in Mexico

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Índice

[Presentación](#)

[Los intrusos](#)

[Madriguera](#)

[Serán comida de fiera](#)

[Lamento](#)

[Flores](#)

[De lo que hay afuera y a veces adentro](#)

[Transmisión](#)

[La resurrección de Miguel](#)

Presentación

El **Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola** está organizado por el Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara, en colaboración con la Editorial de la Universidad de Guadalajara. Este concurso nace como un homenaje a la memoria y al trabajo literario de Juan José Arreola, escritor originario de Ciudad Guzmán, Jalisco, y por la necesidad de convocar desde su ciudad natal un premio en uno de los géneros literarios más interesantes: el cuento. La Universidad de Guadalajara instituyó el concurso, que se ha consolidado a lo largo de estos años, con la finalidad de estimular el trabajo creativo de cuentistas mexicanos, el cual está abierto para obras inéditas de escritores nacionales, sin importar su lugar de residencia. La obra ganadora de esta vigésima primera edición es *Los intrusos*, de Alma Rosa Mancilla Sánchez.

El jurado estuvo integrado por Iliana Olmedo, Bibiana Camacho y Maritza M. Buendía, quienes entregaron el premio a este libro, el cual destaca, entre otros elementos estructurales y de fondo, “por la originalidad del tema, la recuperación de mitos y leyendas desde la perspectiva de lo femenino, además de su delicado tratamiento, configuración de personajes con profundidad sociológica y manejo de una prosa elegante”.

A Nefise, como siempre.

Los intrusos

Sin saberlo, hospedaron ángeles.

Hebreos 13:2

Llegaron al anochecer. Mis padres aceptaron recibirlos porque no quedaba de otra; en el barrio ya habían estado en todas las casas, solo faltaba la nuestra. Yo me puse mi mejor vestido, el amarillo de los olanes al frente que, además, era el único que todavía me venía bien. No era culpa mía si el año había sido malo y yo parecía una legumbre que crecía de más; todo me quedaba apretado, fruncido o rabón. Dinero para reemplazarlo no había. De los zapatos, ni hablar: tendrían que ser los de charol, que con una limpieza quedaban. Me lavé la cara, me colgué mi medallita de la Virgen y me miré en el espejo resquebrajado del baño: parecía yo un espantajo, pero me tendría que aguantar. Lo más probable es que Ellos no lo notaran de todas formas.

De Su llegada veníamos hablando desde hacía semanas. Dorita, la de la esquina, fue quien sacó el asunto a colación. También fue quien nos pasó el problema. Es que acá ya somos muchos, argumentó. En ese entonces los intrusos vivían en su casa, pero era evidente que ya no se llevaban bien: Dorita tenía la mitad de la cara quemada, fulminada, decían las malas lenguas, en un arranque de cólera del intruso mayor. Y fíjese, doñita —le decía a mi madre mientras sus manos callosas retorcían de un lado a otro aquel chal que no le alcanzaba a cubrir la cicatriz— que a mi Jorge le acaba de nacer la niña, ya con Ellos no podemos más. Mi madre decía que los hijos de Dorita eran unos desobligados, unos inútiles, todos allí metidos bajo el mismo techo como en la madriguera de un ratón. Sus mujeres, paridoras como conejas, tenían una fama que espantaba. La del más grande ya tenía seis retoños, críos

moquientos y malcriados que a nadie le caían bien. Y este año se les habían muerto tres niños, todos en circunstancias extrañas. Al hijo mayor, que con frecuencia vagabundeaba en el parque, lo conocíamos todos: le faltaban tres dedos de la mano izquierda; decían que uno de Ellos se los había quemado con la vista porque le quiso tocar las plumas en un arranque, no se sabía si de valentía o de imbecilidad.

Al principio mi mamá se quedó callada, sin saber qué responder. Luego, cuando Dorita se marchó, estalló en un llanto histérico: ¿por qué nosotros, Josué? ¿Por qué? Papá hubo de calmarla con golpecitos en la espalda como se hacía con los niños de teta cuando tenían que eructar. Ya, ya, le decía mi padre, sin dejar de acariciarla. Yo pensé que en cualquier momento de los labios partidos de mamá iban a brotar coágulos de leche cortada, mariposas desganzadas, sobras de comida putrefacta. Daba coraje, si uno lo pensaba bien. ¿Por qué los intrusos no llegaban a casas de gente bien acomodada, allí donde los pudieran alojar mejor? ¿Por qué acá, en nuestro barrio, donde no nos sobraba nada para compartir? Mis padres fueron a preguntárselo al cura, ese hombrecito enclenque al que acá se le pedía consejo para todo. Este puso cara de circunstancia, se sobó la grasienta calva y se puso a citar las escrituras: "Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja...", bla, bla, bla. También citó una frase sobre el fuego que llovería sobre los descreídos, y sobre la ira de los enviados de Dios.

Mi madre concluyó, todavía secándose las lágrimas, que nada podíamos hacer: esta era la forma que el Señor tenía de recordarnos la infinitud de su poder, de hacernos ver que, aunque distante, todavía pensaba de vez en cuando en los hombres. Que, pese a todo, seguía con la vista clavada en su extraña creación. Es un honor que no podemos rechazar, agregó mi padre el día en que, al fin, se tomó la decisión. Yo me di cuenta de que, pese a sus palabras, mi padre tenía los ojos rojos, como si acabara de llorar. Era la primera

vez que le temblaba tanto la voz, y me pareció que su aliento apestaba a alcohol o a vinagre. Todo eso me consternaba. Me despegué las costras de las rodillas y me las comí porque eso siempre me calmaba las ansias.

¿Tú qué crees, Ana?, me preguntó Magda, mi hermana mayor. Yo pensaba que, más que honor, la presencia de los intrusos debía ser en el fondo un castigo, algo que nos recordaba todo lo que habíamos hecho mal. Como echar sal sobre la herida o llover sobre mojado, o como querer correr sin tener adonde ir. No sé, le dije, irritada. A lo mejor que vengan está bien. ¿Qué más podía opinar? No parecía que tuviéramos opción de todas formas. Magda se peinaba el largo cabello en una trenza que yo envidiaba mientras parpadeaba arriba abajo con sus pestañas de arrebol. Luego, desde su cama, me preguntó: ¿Y serán guapos, Ana? Seguro que no, le dije. En la Biblia no pone nada de eso, y no creo que uno pueda referirse a Ellos así. Todo esto ocurrió la víspera, en el cuarto que los tres compartíamos desde siempre, allí donde nos dormimos tarde y de mal humor y donde esa noche soñé con fuego y con alas.

El día de la llegada estuvimos atareados desde temprano: que si limpia aquí, que si escombra allá, que si compra un poquito de pan del bueno, por si acaso quieren comer. Mamá me mandó a traer unas flores al mercado, unas rosas, rojas de preferencia. No sabíamos si a Ellos les gustaban, pero más valía estar listos y causar buena impresión. Y cuidado con las espinas, me gritó mamá desde el portón. Me alcanzó para dos flores pequeñas, mustias como pasas, y pese a las advertencias de mi madre a la vuelta me pinché. De mi dedo brotó una gota gorda y colorada que me sorbí con la lengua. Pensé que teníamos mala suerte. Que esos intrusos tenían que ser muy mezquinos o muy desvergonzados para que no les diera pena andar dando lata así. Ponlas en agua, dijo mi mamá señalando las rosas que, obediente, metí en un vaso de plástico y

dejé en la mesa del comedor. Parecían un pegote en nuestra casa tan humilde, olorosa a cloro para marcar la ocasión.

Llegó la hora, y pasó, y los intrusos no aparecían. Mamá no dejaba de mirar la calle, el cielo, la banqueta, como si el pavimento se fuera a abrir en cualquier momento en dos. Al fin llegaron, muchas horas después de que cayera el sol. Ya es tarde, dijo mi hermana esbozando un mohín de reproche. Mi padre respondió que no se le podía exigir puntualidad al mensajero. Entren, entren por favor, terció mi madre, haciéndose a un lado como si por la puerta fuera a pasar en pleno el carro del Armagedón. Se había recogido el pelo en un chongo tirante que le estiraba las sienes, y se deshizo en cortesías que la hacían parecer distinta, más vieja, más pequeña de lo que era en realidad.

Ellos entraron en medio de un resplandor tan intenso que nada dejaba ver. Me acordé de esa vez que presenciamos un eclipse en la escuela y la maestra dijo que así no, niña, directo no lo mires, que te quedas ciega, si serás bruta, si tendrás que aprender. Tuvimos que asomarnos hacia el cielo a través de una radiografía, maravillados ante ese sol que se iba poniendo negro de a poco y por detrás del contorno de un pulmón. Me pregunté si sería seguro mirarlos, a los intrusos, es decir. Quise preguntar, pero en cuanto abrí la boca mamá me soltó un coscorrón. Me jaló hacia el piso, para que me arrodillara junto a ella. Mi padre y mis hermanos ya estaban allí, hincados como mártires listos para el rosario de las seis. Valiente cuadro hemos de haber ofrecido: los cinco de rodillas en nuestra propia casa, con la cara baja y como pidiendo perdón.

Yo, que siempre había sido testaruda, no pude evitar rezongar; el piso era duro, yo tenía las rodillas partidas y no llevaba pantalón. No mires, insistió mi madre, por lo que más quieras, no vayas a mirar. Está bien, está bien, le respondí. Se oyó un ruido como de aire que entra, igual que cuando hay viento y este hace silbar las cornisas al pasar de refilón. Las rosas en la salita se marchitaron de golpe, eso sí

que lo vi. Pensé que, de haber sabido, lo mismo habría dado traerles a Ellos un puñado de flores silvestres, de esas plantas con espinas que tan bien se daban en el descampado o en las lindes del panteón. Pese a lo que mamá aconsejara alcé la vista y los vi: eran cuatro y sus cuerpos brillaban, pero sus ojos vacíos eran dos abismos sin fondo: pura negrura allí dentro, o así me pareció. Ni siquiera una triste rayita amarilla, algo que al menos los acercara al reino animal, a los gatos, a los lobos, a las ardillas.

¿Cómo le hacen, Ana?, me preguntó Paquito más tarde, cuando, ya en el cuarto, se lo conté. ¿Cómo se las arreglan para ver de esa forma? Desde su cama Magda dijo shtt, cállense, porque los van a oír. Porque son ángeles, le respondí susurrando. ¿Y eso qué quiere decir, Anita? Pues eso, menso. Quiere decir —y repetí, palabra por palabra, lo que le había oído predicar al cura desde el púlpito en una ocasión— que los ángeles no ven con las pupilas sino con otra cosa. Que los ángeles son ángeles y, por eso, son ellos mismos los omnipresentes ojos, la vista que anida, como una serpiente, en el vasto cuerpo de Dios.

*

Se instalaron en el cuarto de arriba, pequeñito, separado de la casa por un piso de concreto y una escalera metálica de caracol. Papá lo había mandado hacer hacía mucho, en una época en que no nos iba tan mal, cuando él pensaba que podía poner su propio taller allí mismo. Era carpintero, mi padre, y aunque antes le quedaban bien los muebles, las sillas, las mesas, las puertas con decorados rococó, desde que perdió un dedo le costaba trabajar. No, ese no se lo arrancó ninguno de Ellos, fue de antes, de un accidente, algo con una sierra de motor que funcionó mal. Por eso, desde hacía tiempo papá fabricaba solo cosas sencillas, trabajitos que no necesitaban de